

"La fabulosa historia de Anita Delgado"

Editorial Prensa Asturiana. José Luis García Martín, 2005

El comienzo es bien conocido. Lo cuenta Ricardo Baroja en uno de esos libros que se recomienda leer a los estudiantes, *Gente de la generación del 98*. A comienzos del pasado siglo, un frontón madrileño cercano a la plaza del Carmen se convertía por las noches en improvisado teatro de variedades: se colocaba un escenario, se llenaba de butacas media cancha, con sillas y mesas de café la otra mitad. En el Kursaal –que tal era el nombre que recibía el frontón travestido– acostumbraban a reunirse y pasar sus buenos ratos los bohemios de la época. «Por una pesetilla», rememora don Ricardo, «se pasaba uno la noche viendo bailar a Pastora Imperio, a la Argentina, a las Esmeraldas, a la Bella Belén, a Mata Hari, y oyendo a la Fornarina, a la Malagueta, a Candelaria Medina». De teloneras actuaban dos adolescentes malagueñas, Victoria y Anita Delgado, que recibían el nombre de «Las hermanas Camelia». Las acompañaba siempre su madre, gorda y simpática, celosa guardiana de la virtud de las niñas. En 1906, Madrid se llenó de príncipes y aristócratas para asistir a la boda del rey. Uno de los invitados –el maharajá de Kapurthala– entró una noche en el Kursaal y quedó inmediatamente prendado de Anita. Le envió joyas y dinero que la muchacha rechazó indignada. Tras el atentado de Mateo Morral los invitados se apresuraron a regresar a sus países. El maharajá siguió el asedio desde París: regalos, cartas. Anita decidió escribirle. Enseñó la carta a sus amigos escritores para que le corrigieran la ortografía: «Mi cerido rey, malegraré que esté usted con la cabal salud que yo para mí deseo. La mía bien. Adiós gracias. Sabrá usted...» Los amigos hicieron algo más: Valle-Inclán le redactó una carta digna de una princesa, luego la tradujeron al francés y pagaron a tocateja el franqueo. Valle-Inclán siempre creyó que el final feliz de aquella historia se debía a él en buena parte y se pasó la vida esperando una exótica condecoración concedida por el príncipe indio.

¿Qué fue de aquella adolescente semianalfabeta en su remoto país de las mil y una noches? Javier Moro nos lo cuenta ahora con rigurosa documentación y magia de novelista en *Pasión india* (Seix Barral), un libro que comienza en noviembre de 1907 cuando el buque de ocho mil toneladas de la naviera francesa Messageries Maritimes, S. S. Aurore, se acerca a las costas de la India. En él viajan Ana Delgado Briones, ya casada con el maharajá, y madame Dijon, su dama de compañía. En unos pocos meses pasados en París, Anita ha cambiado mucho: ahora habla francés, luce trajes de alta costura, sabe comportarse en la mesa. Pronto sabrá también otras cosas: que su marido tiene otras cuatro mujeres y cuatro hijos (alguno de la edad de ella), que en Kapurthala la considerarán una intrusa y una aventurera, que las autoridades inglesas no reconocen su matrimonio.

Javier Moro sabe hacer revivir ante nosotros aquel mundo exótico con el que se encuentra Anita y en el que pronto aprenderá a desenvolverse con sorprendente inteligencia y capacidad de adaptación. Por entonces más de medio millar de maharajás reinaban sobre un tercio de la India, consentidos y protegidos por los ingleses. Competían en refinamiento y extravagancia. Javier Moro enumera algunos ejemplos: el nabab de Junagadh invitó a más de trescientas personas, incluido el virrey, a la boda de su perra favorita; el maharajá de Alwar enterraba sus Hispano Suiza detrás de su palacio cuando se cansaba de ellos; el nizam de Hyderabad se excitaba con el gemido de las parturientas; no faltaba quien utilizaba bebés como cebo para cazar tigres... Ana poco a poco concita la admiración de todos a pesar de la nostalgia, el asombro y el terror. Un día intentan envenenar a su hijo, otro es ella quien está a punto de ser asesinada. En 1910 regresa por primera vez a Europa. Se ha convertido en una mujer famosa. Los periodistas le hacen una y otra vez las mismas preguntas: ¿Es cierto que

come carne de serpiente todos los días? ¿Será su hijo rey de la India? ¿Es verdad que vive encerrada en un harén? Javier Moro recrea ante nosotros la vida de Anita Delgado –aquel cuento de hadas que fascinó a sus contemporáneos– y también algo más: mundos desaparecidos para siempre, el antiguo gran mundo que comenzó a desmoronarse en 1914 tras el pistoletazo de Sarajevo, y la refinada y bárbara India de Kipling. Un día, invitada por el maharajá Ganga Singh, en el palacio de Bikaner, Anita le pregunta la receta de un plato que encuentra especialmente succulento, y él le responde: «Se coge un camello entero, despellejado y limpio, se mete una cabra en su interior, y dentro de la cabra un pavo y dentro del pavo un pollo. El pollo ha de estar relleno con un urogallo. Dentro del urogallo se mete una codorniz y, finalmente, un gorrión. Luego sazónelo bien y ase el camello en un hoyo en el suelo». El cuento de hadas de Anita Delgado no terminó en 1923 –ella tenía 33 años– cuando su marido se separó de ella, tras el escándalo que supuso haberla descubierto en un hotel londinense en íntima compañía con Karan, el hijo mayor del maharajá. Karan –a quien su padre obligó a casarse de inmediato– fue el gran amor de Anita. Siguieron viéndose a escondidas después de que abandonara la India: fugaces encuentros en Deauville, en Biarritz, en Londres, en París. Cuando murió el maharajá, poco después de la independencia de la India, en 1947, Franco quiso darle personalmente el pésame a aquella mujer fascinante. La historia fabulosa que comenzó a contarnos Ricardo Baroja, y que nos parecía increíble, con Valle-Inclán haciendo de barbuda celestina, termina de contárnosla Javier Moro en «Pasión india», una novela verdadera, una minuciosa colección de asombros.